

Armando Bazán

Será un vagabundo



EN un salón oscuro y antiguo de caserón serrano estaba de pie, lloroso y alerta, un niño pequeño que sólo tenía hermanos mucho mayores que él. Constituía, pues, un curioso anacronismo en su casa; en la casa de los Vega. Gozaba del cariño mimoso de sus familiares y solo temía la presencia de su padre, señor severo y gruñón que no le dejaba nunca en paz. En cambio, su tío Martín Gálvez, persona sin hijos, había canalizado hacia él todo su afecto paternal, y conversando amigablemente solía decirle a veces:

—Luisito, tú naciste por casualidad.

Frase que turbó en cierta manera a la imaginación prematuramente despierta del niño. ¿Qué sería esa casualidad? Trató de indagar por donde pudo, pero no consiguió casi nada. Hasta que, al fin, llegó a saberlo todo, cuando amparado por la obscuridad nocturna, oyó un diálogo de su madre con su tío Martín, precisamente:

—Pero si es natural—decía éste—en algo tiene que parecerse a su padre el pequeño.

—¡Si sólo fuera en algo! Se le parece en todo. Pero lo raro es que Fidel no lo comprenda. Hasta parece que le tuviera cierta aversión. Y el niño, por su parte, tampoco lo quiere bien.

Y ese diálogo se prolongó por mucho tiempo, tibio de intimidad, tembloroso de recuerdos. La tierna memoria de Luis guardó desde entonces vivamente la historia indeleble de esos hechos que, por lo demás, pertenecían al dominio público, en el pequeño pueblo peruano de Tugal.

Tugal. Otro anacronismo en esas serranías que colindan con las montañas del río Marañón. Era extraño porque allí trabajaban los hombres, las mujeres y los niños en la industria casera del sombrero de paja, hecho que le daba un aspecto comercial impresionante desde el primer momento. Esta industria se había desarrollado allí desde fines del siglo pasado en una forma que sería problema para los sociólogos, pues la materia prima, o sea la paja, era traída desde lejanos sitios a lomo de bestia, por caminos casi intransitables y atravesando una serie de pueblos, en los que nadie tenía la menor idea de trabajarla. Lo cierto es que la población de Tugal en masa sabía hacerlo a conciencia. Tugal producía miles de sombreros al mes. Y eran los mismos tugalenos quienes se encargaban de llevarlos a vender por los cuatro lados del mundo.

Esta manera de rodar por caminos y ciudades leja-

nas de las que á veces volvían acompañados de pálidas loretanas o de mulatas panameñas, daba a esos viajeros y al mismo pueblo de serrano un aire extraño y pintoresco. Las cantinas aparecían siempre llenas de jugadores que bebían pisco y oporto, y por sus calles no faltaban nunca transeúntes con sus albos manojos de paja o sus sombreros recién terminados.

Fidel Vega, había llegado hacía ya mucho tiempo a ese pueblo, viniendo desde la costa en viaje hacia el Amazonas. Costeño audaz, joven, ambicioso, se quedó sin saber como en el pueblo de los sombreros, olvidando la fascinación del caucho, enamorado de una vida que le venía a pelo.

Se encontró en su medio. Jugador y negociante en el pueblo del negocio y del juego. Jugó con buena suerte. Pudo más que todos los jugadores de Tugal. Y como la suerte abrumba, lo mismo que la desgracia, cuando quiere, Fidel Vega se casó con la muchacha más bonita y disputada de esos parajes.

Llegó día en que los tugaleños le tomaron miedo; le rehuyeron en sus partidas de dados y de naipes; entonces se vió forzado a cultivar las tierras de su mujer. Era un hombre de esos que una vez comenzada la tarea, cualquiera que sea, ponen en ella todo el fuego de sus ímpetus, desarrollando su potencia al máximo. En pocos meses, transformó, pues, el fundo que se encontraba en el valle del río Marañón. Hizo de él un verdadero paraíso, donde florecían de nieve tropical los naranjales, verdeaba la caña dulce dos veces al año y los platana-

les que atosigaban con su olor aparecían curvados, como ancianos bajo el peso de sus gajos enormes.

El hermano de su mujer, Martín Gálvez, que hasta entonces había vivido en ese fundo, vegetando con su indolencia y su bondad en esa tierra ubérrima, miró al principio con cierto recelo al recién venido. Pero poco después sintió la fuerza de la superioridad y terminó plegándose placenteramente a la voluntad del costeño.

Cuando Fidel Vega se puso a negociar también, algunos años después, con los sombreros de paja, ya los dos hombres se habían hecho inseparables, indispensables mutuamente. El tugaleño tímido, reposado y bueno a carta cabal, era una especie de contrapeso en la vida del aventurero impetuoso, apasionado y audaz.

El negocio de sombreros daba a los viajeros apreciables ganancias. Pero, en realidad no era eso la atracción que movía inconteniblemente a Fidel Vega para hacer esos viajes, cifrando en ellos una ilusión y un interés deleitables. Era que así se encontraba en condiciones de recorrer ciudades en las cuales podía encontrar adversarios de su talla para medir con ellos sus fuerzas misteriosas ante los tapetes colmados de monedas y billetes.

Muy pocas veces se le mostró el destino francamente en contra. Su pericia en el juego de las barajas o los dados se había hecho ya poder sugestivo, avasallador, facultad de adivinación que dejaba espan-

tados a sus contrincantes. Casi siempre salía después de sus partidas, sin pérdida alguna. Y muchas veces la ganancia de la noche sobrepasaba a la del negocio de sombreros.

El retorno de esos viajes que solían durar de uno a dos meses, era un verdadero acontecimiento para sus familiares.

Los viajeros volvían con sus alforjas más repletas de lo que habían partido. Las traían llenas de presentes que embriagaban de gozo a las mujeres y hacían delirar a los chiquillos. Allí había mantas y mantillas de seda china con bordados de coolíes y pagodas, para ir a la iglesia, collares de ámbar y de otras piedras policromadas, echarpes vaporosos, zapatos que brillaban como negros espejos. Y por último, vestiditos a la marinera, bombones y juguetes olorosos a barnices y maderas raras y libros en pastas doradas y con llamativas oleografías, entre los que «El Mártir del Gólgota», por Pérez Escrich, fué el más trascendental con sus figuras del divino mártir, ya sea en su cuna del pesebre entre las bestias buenas, ya sea con los pies lavados y ungidos entre las trenzas de María Magdalena o ya sea castigando a los fariseos del templo sagrado.

El hogar de Fidel Vega, con una mujer adorable, en quien las gentes no sabían si admirar más la belleza de su cuerpo o la nobleza de su carácter, con toda clase de comodidades, con hijos fuertes, con alegría y salud, era lo que podía llamarse un hogar feliz, y nadie

habría podido augurarle una desgracia repentina. Pero allí estaba acechante, y llegó.

Diez años de vida placentera pasan como diez días. Diez años habían transcurrido desde que Fidel Vega llegó a Tugal para desposarse imprevistamente con la felicidad.

Su último viaje de retorno coincidió con la presencia de una persona extraña en el pueblo. Se trataba de una mujer rubia y elegante que pasaba por las calles, dejando una estela de perfume en el aire y una rara luz en los ojos de los hombres.

En todo Tugal, las gentes comentaron inmediatamente:

—Esta era la mujer de ese ingeniero Castamino que vino para componer el puente de Balsas y murió abogado, no hace mucho, en el Marañón, por quitar las tablas para que no pasaran sin pagarle los arrieros.

Otros decían:

—Se la ha traído Fidel Vega desde Pacasmayo. Es una artista de teatro que se quedó enferma en un hotel, donde se conocieron, y ahora se ha venido siguiéndole.

Los comentarios no eran exactamente verdaderos, pero giraban alrededor de la verdad.

Cuando la mujer de Fidel Vega supo con toda evidencia, que éste la engañaba, su dolor no tuvo límites. El golpe tremendo le llegó a su fibra más débil: a su orgullo de mujer bonita y mimada. Se sintió entre las habladurías de las gentes amigas y enemigas. Una per-

sona extraña habría podido observar que su cuerpo seguía teniendo, después de haber dado cuatro hijos, la flexibilidad y la gracia del junco que tanto envidiaban las mujeres del pueblo; que su cabellera seguía siendo brillante y ubérrima; que su boca guardaba intacta la brillante dentadura y que en sus ojos persistía la luz intensa de sus veintidós años. Pero se sintió desastrosamente horrible y sin ningún atractivo, imaginando a la rubia elegante. Su pecho encendió entonces una llamarada de celos y de odio incontenible, irracional terrible.

Su primer pensamiento fué la violencia, el suicidio. Pero al acordarse de sus hijos tuvo miedo y vergüenza. Entonces tomó su decisión inquebrantable: se iría a casa de su madre, llevándose a sus hijos, para siempre.

Así lo hizo. Y desde ese día nadie volvió a ver durante más de un año a Margarita de Vega en las calles de Tugal.

Cuando su marido fué a buscarla para disculparse, ella le increpó duramente llamándole advenedizo y aventurero desalmado.

Fidel Vega la desafió con marcharse a la montaña del Amazonas, si ella no volvía inmediatamente a su casa. Todo fué inútil y, al fin, salió con el ánimo verdaderamente resentido.

Era la primera vez que su mujer le trataba de advenedizo y aventurero, palabras que le lastimaron por todo lo que en ellas podía haber de justo, precisamen-

te. Y lo que siempre suele pasar en tales casos: el aventurero surgió en él más impetuoso que nunca.

—Me iré—dijo para sí—. Y no volveré sino cuando ella me lo diga.

Martín Gálvez que conocía desde el comienzo la aventura de su cuñado, sin haberle dado importancia, quiso interponer sus buenos oficios:

—Querida hermana, todo eso que dicen es mentira. Y si fuera verdad, será un capricho pasajero. ¿Dime que hombre en Tugal no lo ha tenido?

No había pensado que su hermana le tratara tan mal, lanzándole un calificativo que no puede agradar a ningún hombre. Menos aun a él que por ciertas apariencias de complicidad subalterna podía creerse que efectivamente desempeñaba con respecto a su cuñado un humillante papel. Salió, pues, sin reconocer a su hermana predilecta, amargado sinceramente desde el fondo de su simpleza. Entró a la primera cantina que encontró al paso y se puso a beber aguardiente, cosa que no había hecho sino muy rara vez en su vida. Su imaginación infantil comenzó a recordar los cuadros policromados del Mártir del Gólgota que él mismo había traído desde ciudad lejana. Y, al fin, salió otra vez a la calle, tambaleante ya, tomó la calle 28 de Julio, llena de gente a esa hora y cada vez que encontraba un poste de telégrafo al borde del pretil se arrimaba a él y se ponía a gritar abriendo ampliamente los brazos:

—¡Yo soy el Mártir del Gólgota, Señores!
¡Indios barbudos y analfabetos!

Aquí estoy. ¡Aquí está el Mártir del Gólgota, señores! . . .

Fidel Vega comenzó en seguida la compra apresurada de sombreros. Ayudado por el Mártir del Gólgota, con quien parecía tener un pacto indestructible de unión reunió en pocos días, la cantidad que deseaba. Y cuando todo estuvo enfardelado tomó una madrugada la ruta contraria de sus viajes habituales, para internarse en la montaña, pasando por Chachapoyas, Yurimaguas, Iquitos. Hacia la región y los caminos que habían llenado sus sueños, una época de su vida.

La aventura galante que originó el grave trastorno en el hogar de Fidel Vega, ni había tenido realmente ninguna fuerza profunda. La rubia turbadora se hizo muy poco después, la querida de un ricacho hacendado, primero, para marcharse, casi en seguida, acompañando a un agente viajero de jabones y perfumes.

Eramos demasiado felices para que nuestra vida hubiera podido continuar así. Dicen que no hay nada más celoso y vengativo que la desgracia. Vino cuando menos lo pensábamos y se fué derribando todo por el suelo, solía decir Margarita de Vega

a su madre y a sus hermanas cada vez que se cumplía un año y otro año de su drama.

Más de una vez solía arrepentirse de lo que había hecho, pero trataba de consolarse, pensando en que de no haber sido así, de no haber procedido en esa forma, quizás si su marido habría dejado de quererla para enamorarse seriamente de aquella forastera rubia y elegante que, por lo visto, tenía los filtros del amor. Y sentía que esa habría sido una desgracia aun más amarga e insoportable que esa separación, a pesar de la cual sentía la proximidad casi palpable de su marido, acaso porque le sabía acompañado de su hermano, o porque su instinto certero le decía que en el corazón del ausente no había otra imagen ni otra voz que las suyas: las de Margarita de Vega.

Lloraba muchas veces; quería claudicar, humillarse, rogar. Pero en tales casos reanimábase perversamente la imagen de su rival. Entonces se aferraba al cuidado y al amor delirante de sus hijos. Y en realidad, esto era lo que la hacía soportar su soledad, manteniéndose inhumanamente indoblegable.

En tanto, Fidel Vega, al ver que su mujer no le llamaba, sufrió en los primeros tiempos de su separación más de lo previsto. Pero se defendió en seguida, dando entero pábulo en su naturaleza trashumante, a su extrañable afición de vagabundo. Y esa pasión con los negocios y el juego, llegaron a poseerle como una embriaguez.

Su cuñado Martín que vivía cada vez mejor bajo el

poder sugestivo y la sombra fraternal de Fidel Vega, no decía nunca nada al respecto, cuando escribían mandando dinero a Tugal. Era con relación a su hermana, la cara opuesta de la medalla. Le costaba un verdadero triunfo el llegar a ser orgulloso. Y en el caso de su cuñado, estaba perfectamente convencido de que los hombres, tienen en las cuestiones de amor, ciertos derechos exclusivos que les vienen de siglos. Vivía, pues, con la conciencia tranquila, sin querer otra cosa que seguir al lado de ese hombre que le había enseñado a conocer los deleites del negocio y de los viajes.

Por eso, cuando se les terminó la partida de sombreros en Iquitos, ninguno de los dos quiso retornar en busca de nueva mercancía, como lo hacían todos los negociantes tugaleños. Se arreglaron de tal manera que un agente les enviaba el artículo desde Tugal, al punto convenido. Así pudieron continuar el viaje, año tras año, por plena selva tropical. Recorrieron los puertos fluviales del Huallaga, del Ucayali, y, por último, del río Amozonas: llegaron a la pulcra y populosa ciudad de Manaos. Salieron al Atlántico y llegaron a Río de Janeiro, ciudad que les pareció lo más hermoso que podía verse en la tierra. Pasaron después a la Argentina, y se disponían a estacionarse allí, cuando Fidel Vega recibió en el consulado de su país, una carta que le estaba esperando. Era un oloroso papel fino dentro del que venía un retrato en el que vió a su mujer a los quince años. Era su hija mayor, Julia Vega, ya vesti-

da de señorita, que le llamaba suplicante y conminatoria.

Cuando el Mártir del Gólgota leyó la carta, no pudo contenerse y se puso a llorar en silencio, mientras el otro maniobraba con las maletas y le decía:

Mañana mismo saldremos de vuelta para Tugal. Venderemos en el trayecto los sombreros que nos quedan. Pasaremos por Bolivia y saldremos al océano Pacífico por el puerto de Mollendo.

Los viajeros llegaron a su punto de origen por el camino opuesto y diez años después de su partida. Tugal estaba distinto. Había crecido como una persona a lo largo y a lo ancho. Con sus largas calles pintadas de blanco parecía una persona vestida de verano.

Cuando Fidel Vega vió a su mujer, un tanto consumida, pero erguida y atrayente como en sus mejores días; cuando vió a sus hijos llegando a ser ya personas mayores, tuvo un poco de vergüenza y sintió que nacía en él un sentimiento nuevo y un deseo infinito de amar como nunca había sospechado en su vida.

Margarita estaba en esa edad límite, traspuesta la cual, las mujeres no pueden ya ser madres. Unos meses de retraso en el retorno, y con toda seguridad, no habría podido ya venir a este mundo ese niño que estaba allí, lloroso y alerta en la obscuridad de esa sala de Fidel Vega.

Refiriéndose a todo esto, su tío Matín decía, con airecillo de misterio:

—Luisito, tú naciste por casualidad.

Se trataba de una criatura hecha para la inquietud y el movimiento. No había en el pueblo nadie que ignorara sus excepcionales condiciones de andariego por los cerros que circundan las llanuras de Tugal. Sus cúspides abruptas eran familiares a sus plantas elásticas y las copas más empinadas de los árboles conocían el tacto de sus manos cazadoras de nidos y de frutos. Sabía todos los nombres de los pájaros. Amaba como a una cosa suya, al zorzal libre que se clava entre las hojas de los árboles, como una saeta, a la «santarrosita» de amarillo encendido, que aparecía como una llama en los comienzos de verano; al picaflor de mil colorines, tan fino y delicado, que no se sabe si es pájaro o si es mariposa. Pero prefería, sobre todo, al «huanchaco», por su pecho bermejo, como si estuviera herido, y porque no cantaba quieto, sino aleteando en el aire. Y de todo lo que llevaba a su casa, el durazno más hermoso y fragante, la caña dulce, más sabrosa, eran para su madre. Y para su hermana Julia: el trébol enorme de cuatro hojas, o la amapola retinta que tiraba al negro de puro encarnada.

De tales correrías, búsquedas y ajetreos, solía volver al pueblo con los zapatos y el traje rotos, accidente que no dejaba de molestar a sus familiares, pero muy señaladamente a su padre, quien le decía entonces sumamente disgustado y despectivo:

—¿Te has creído que estoy acuñando soles para comprarte cada día, zapatos y ropa? Te equivocas. Ya puedes irte así, por la calle como un mendigo...

—Mendííigo papá, se atrevía a corregir el aludido, preparándose a tomar la retirada.

—¡Insolente!—intervenía su madre.

Otras veces le decía:

—Un día de estos va a quebrarse la rama del árbol y te vendrás abajo. Verás. Ya te has roto muchas veces la cabeza. Pero no estarás quieto hasta no romperte el alma, de veras.

Por último, en otras ocasiones, cuando su mujer no estaba a la vista, prefería ser más contundente. Entonces sacaba un látigo que llevaba escondido, y le pegaba duro.

—¡Para que aprendas a quedarte quieto en tu casa, vagabundo!

El gran aventurero castigaba así a su hijo para que fuera un sedentario. ¿Es que estaba realmente cansado, o es que al volver de su largo viaje, se entregó por primera vez, en absoluto, al amor de su mujer y de sus hijos? Un sentimiento poderoso suele, casi siempre anular otros sentimientos e inclinaciones que parecían fundamentales. Lo cierto es que Fidel Vega, tenía ya horror a la idea de aventura, y no hacía más que perseguirla rudamente en la pequeña persona de su hijo, castigándole en toda forma.

Pero todo era en vano. El pequeño aprovechaba la más sutil coyuntura para escaparse de los salones de la escuela o de su casa e iba a correr al aire libre por el campo, atravesando ríos, a perderse en compañía de algún otro chiquillo, o siguiendo a los mayores, por los des-

filaderos. Y algunas veces solía quedarse en esas alturas, quieto y pensativo, como un hombre, con los ojos clavados en la lejanía: «Este lado por donde sale el sol se llama oriente. Por allí queda la montaña, los puertos de los ríos con sus casas grandes de tres a cuatro pisos y sus jardines lindos en las plazas con sus bancos, donde se sienta el que quiere. ¡Con su luz eléctrica! Por allí está Yurimaguas, Iquitos, Manaos, hacia donde van los hombres en busca del caucho y de la buena suerte que debe ser así como una de esas vírgenes de la iglesia del Carmen, sonrosada, viva, sonriente, refulgente. ¡Cómo será! . . . Y el lado opuesto es occidente. Por allí está el mar. El mar a siete jornadas en lomo de caballo.

Su tío Martín solía hablarle frecuentemente de estas cosas a pesar de que su hermana Margarita se lo había prohibido.

—En Chilete comienza la línea de hierro. Hasta allí viene la locomotora con sus vagones, desde Pacasmayo. Ese es el tren. La primera vez que lo veas venir, te echarás a correr como hace toda la gente que nunca lo ha visto. Viene como un monstruo de hierro, rodando y echando humo como el infierno. Es capaz de ensuciar con su humo al cielo entero, y pitea que te rompe los oídos si estás cerca. Allí en Chilete dejas las bestias y subes al tren. No tengas miedo, no más. Estás como en tu casa, bien sentado. Y si quieres duermes. Y de repente te encuentras con el mar. ¡Mi señor Jesucristo! Esa es el agua del diluvio. Cuando

veas la playa, los muelles, los barcos que se balancean sin hundirse; cuando veas las olas enormes que vienen atropellándose, seguro que te caerás de espalda. ¡Sujétate bien! Y en la playa orinas. Porque ya sabes que para ser hombre de veras, hay que orinar, por lo menos, una vez en la playa del mar.

Así decían todos los hombres y los niños de ese pueblo, tan lejano del mar; gentes amantes de los viajes y avezadas a sus intemperies; gentes para quienes, el sedentarismo, constituía una deshonra:

—Para ser hombre de veras, hay que orinar, por lo menos una vez en la playa.

¡Los trenes, los puertos, los buques, el mar!...

En esas cosas solía pensar, como quien come una fruta, el hijo de Fidel Vega en sus primeros años de infancia cuando se encontraba en lo más alto de los cerros tugaleños.

Pero en el instante de que hablábamos, estaba allí derrotado. Y más que todo, temeroso aun, listo para correr de nuevo tan luego trasuntara el peligro.

Su desastre había sido así:

El pequeño tenía en su vida, tres personas a quienes amaba de todo corazón: su madre, su hermana mayor que se llamaba Julia y su tío Martín. Julia tenía dieciocho años más que él. Era bonita, esbelta y pulcra. Y pasaba leyendo libros que su hermano universitario le mandaba desde la capital.

Cuando su tío Martín le preguntaba alguna vez:

—¿A quién de tus madres prefieres, ¿a Margari-

ta o a Julia?, el niño se quedaba pensativo, y sinceramente no sabía que contestar.

Una tarde que venía de la escuela, se cruzó al llegar a su casa, con su tío Martín, que le dijo:

—Ven aquí, Luisito.

Y después bruscamente:

—Don Anselmo Barreto ha pedido la mano de tu hermana Julia, y se va a casar con ella. ¿Cómo, no iba a casarse con el ingeniero que está en Lima? ¡Tu padre lo ha aceptado! ¡La mejor señorita del pueblo, la más instruída, con ese mercachifle!...

El niño sintió que algo se le rompía en las entrañas, afluyó amargura a su boca, pero se quedó quieto, apretando los puños sin decir una palabra...

El tío Martín le regaló algunas monedas, le hizo cariño y se marchó diciéndole:

—Anda, dile a tu madre que no la deje casarse.

Con don Anselmo Barreto, a quien solía referirte a veces Fidel Vega exasperado ante las travesuras de su hijo: «Ese Anselmo Barreto sí que es una buena persona. ¡El hombre más formal del mundo! Se ha pasado veinte años de su vida vendiendo agujas, tocuyos y jabón sin moverse nunca de su tienda. Comenzó vendiendo, por centavos. Pero ya lo vez. Ahora maneja miles. Muchos miles. Allí está con su vida asegurada. Y muy respetado. ¡Sí señor! Eso es ser buena persona.

El niño imaginó, en ese instante, la cara barbuda de don Anselmo y sintió un mortal escalofrío por la espalda.

Su madre que llegó en ese instante junto a él, le cogió de una mano y le llevó a una alcoba, donde le dijo a solas:

—¿Qué te ha dicho tu tío Martín?

—Que ella se va a casar con don Anselmo—dijo apretando el sollozo.

—Te lo voy a decir, hijo mío, pero no lo repitas a nadie. Tu hermana se casa con don Anselmo, porque el señor ingeniero que la hizo esperar diez años de novia, desde cuando era estudiante, se casó ya en otra parte con una millonaria.

Miró al niño, que estaba de pie, como si soportara todo el peso de la catástrofe; le tomó en brazos y se puso a llorar incontinentemente:

—¡Pobre hija de mi corazón!...

Desde ese día, el niño Vega tenía en el semblante la expresión del hombre sufrido. Y pensó que nadie en el mundo podría retenerle el día de la boda en Tugal.

Empleó todas sus artes de hablador y persuasivo, diciendo a dos vecinos y compañeros de escuela suyos con quienes ya había estado de escapada por las aldeas próximas:

—¿Por qué no nos vamos un día de éstos lejos de aquí? Yo conozco el camino de Molino pampa. Y quien boca tiene, a Roma llega. Vamos a Pacasmayo. Mi padre dice que allí los chicos saben ganarse la vida lustrando zapatos y vendiendo periódicos. Vamos a Pacasmayo a conocer lo que es el mar.

¿No es cierto que para ser hombre de veras hay que orinar alguna vez en la playa? ¿Qué dicen? ¿Qué dicen? Yo tengo cinco soles en mi alcancía. Y puedo llevar también la pistola de mi padre que está debajo de su almohada. ¿Cuándo nos vamos?

Los pequeños entusiasmado contestaron:

—El día que tú quieras.

—El domingo por la mañana. En mi casa están de boda. Diremos que vamos a bañarnos en el río y a traer capulíes.

—Muy bien.

Y así fué, en realidad. El domingo por la mañana, los tres viajeros, se habían reunido a la hora convenida y habían tomado el camino hacia el lejano puerto de Pacasmayo con un capital común que llegaba a siete soles, una pistola y dos pequeñas bolsas de lona...

Hasta de sobra para todo lo que duró el viaje: un día y una noche justas; cuarenta kilómetros de caminata por cerros empinados y quebradas llenas de piedras, alimentándose de frutas cogidas de los árboles, quesillo comprado en las chozas de los campesinos y pan de las exiguas mochilas. La obscuridad les sorprendió en un desfiladero desde donde se veían dos lejanías infinitas, y donde permanecieron sitiados por la tempestad debajo de un pedrón enorme. El diluvio, los relámpagos y los truenos, el frío y lo desconocido se confabularon esa vez como para que los niños no olvidaran aquellas horas tenebrosas, en todos los días de su vida.

Junto con las primeras luces del amanecer llegó a

los oídos de los viajeros espantados, un ruidoso galope de caballos. Luis Vega quiso esconderse. Pero sus lugartenientes fueron de otro parecer y prefirieron salir al camino.

Eran Martín Gálvez y otros jinetes del pueblo que venían en busca de los precoces aventureros. Les hicieron beber un poco de alcohol y les echaron al anca de sus cabalgaduras.

Casi todos los tugaleños se habían volcado a los caminos y a los alrededores del pueblo para encontrar como fuera a los fugitivos. Fidel Vega había tomado, en compañía de Anselmo Barreto, su flamante yerno, la dirección de los caminos que conducen al río Marañón. Y aun no había retornado, cuando el niño llegó a su casa en brazos de su tío, que dejándole en un rincón de sala oscura, salió en busca de su hermana Margarita.

Allí estaba con sus ojos retintos de pajarillo nervioso, con su cuerpo de gamo y su morena palidez, hecho un desastre su vestido cubierto de barro.

Un ruido de cascos de caballos le hizo sobresaltarse y aguzar el oído.

A poco oyó la voz de su padre que, bajando del caballo, gritaba enfurecido:

—¿Dónde está ese majadero? Tráiganmelo aquí. Con esta rienda del caballo le voy a romper las canillas para que no se mueva más en la vida.

En ese instante, se oyeron también unos pasos leves, apresurados y una voz de mujer que decía no menos decidida:

—Eso es lo único que sabes: castigar a la criatura. Nada sacas con eso. Tú no sabes ni lo que es tu hijo. ¡No quiero que lo toques!

—Nunca me dejan corregirlo como es debido en esta casa. En fin, culpa tuya será que más tarde no sea sino un perdido, un vagabundo sin Dios ni ley.

—Nada de eso. Mi hijo será un gran hombre, para que tú lo sepas.

Veinticinco años transcurrieron ya desde aquella fecha, y el niño aquel es ahora un hombre que ha puesto las plantas en cuatro continentes y ha cruzado casi todos los mares de la tierra. Y en ninguna parte deja de pensar en aquel instante de su vida y en aquella disputa de sus padres: «Será un vagabundo sin Dios ni ley». —Mi hijo será un gran hombre, para que tú lo sepas.

Pero su padre se quedó ya para siempre inmóvil, sin haber llegado a la vejez, entre dos metros cuadrados de tierra tugaleña. Sólo la pobre anciana vive aún, con su esperanza fallida.

Luis Vega habría querido ser un gran hombre, ciertamente. ¡Quién no querría complacer a su madre! Pero no pudo serlo. Le tiraban en su sangre sin dejarle nunca en paz, la lejanía y el asombro de mares y ciu-

dades que el viajero llevaba en los ojos, cuando volvió al pueblo para darle la vida.

Vagabundo sin Dios ni ley por las ciudades desconocidas y acogedoras siempre. Vagabundo con su Dios y con su ley: